

LA COMUNIDAD ECLESIAL

Grup Sant Jordi, Barcelona, Noviembre 2017

LA COMUNIDAD CRISTIANA PRIMITIVA Y SU INTERPELACIÓN ACTUAL

1.- La pluralidad y unidad en el cristianismo primitivo

La primera afirmación que debemos hacer es que, si bien hablamos de **la** comunidad cristiana en sus orígenes, no se puede, en cambio, hablar de **una** forma de comunidad cristiana. La famosa Escuela de Tubinga distinguía dos *partidos* relacionados entre sí a modo de tesis y antítesis: el petrinismo y el paulinismo, representados a nivel literario por el evangelio primitivo de Mateo y las cartas auténticas de Pablo, respectivamente. Los demás escritos quedarían referidos a éstos según la “tendencia” que defienden. Así, 1Pe y Sant serían un intento de mediación que hace la corriente petrina y la doble obra lucana y los escritos deuteropaulinos, la mediación intentada por el paulinismo para conciliar las dos corrientes. La síntesis estaría representada por el evangelio de Juan, con el que el cristianismo primitivo alcanzaba su punto más elevado. Los posteriores estudios han permitido conocer que no hubo sólo dos partidos en el cristianismo primitivo, sino toda una gama, con tensiones y conflictos entre ellos: judeocristianismo, cristianismos sinópticos, paulinos, joánicos e incluso gnósticos, focalizados a veces geográficamente: Galilea, Jerusalén, Antioquía, Corinto, Éfeso, Roma.

Vamos a focalizar nuestra mirada en este complejo mundo de las comunidades cristianas primitivas teniendo en cuenta la información sinóptica de Marcos, la que nos brinda Pablo en sus cartas auténticas y el “tesoro” que Lucas nos ofrece en el libro de los Hechos.

1.2.- El movimiento de Jesús

Jesús no fundó directamente comunidades pero dio a luz un movimiento de discípulos itinerantes (“carismáticos vagabundos” en términos de G. Theissen), cuya forma de vida no estaba institucionalizada, sino que se basaba en una llamada imperativa de Jesús (Mc 1,16-20) por la que entraban a formar parte de la nueva familia de Jesús (Mc 3,13-19) para una misión al servicio del Reino (Mc 6,7-13).

La comunidad cristiana quedará en lo sucesivo marcada por esta triple realidad de llamamiento personal, acrisolamiento comunitario y decisión evangelizadora. Así, lo que podríamos llamar “el germen primitivo de la comunidad” queda constituido en un proceso con tres pasos subsiguientes y necesarios: la llamada se contrasta en el grupo y se desarrolla en la misión. En medio de todo ello, la persona de Jesús.

a) Características del movimiento de Jesús:

- Renuncia a un lugar estable: los llamados dejaban casa y campos (Mc 1,16; 10,28ss y *passim*), seguían a Jesús y le acompañaban en la renuncia a un lugar estable.
- Renuncia a la familia: la ruptura con la familia de sangre es un rasgo que marca el ethos de los carismáticos ambulantes (Mt 10,37), que implica falta de piedad (Mt 8,22; Mc 1,20) e incumplimiento de la Ley. Más aún, el odio a todos los parientes pudo convertirse en obligación (Lc 14,26). Se comprende por qué el discípulo no era tenido

en mucha estima en su patria, donde vivían las familias que había abandonado (Mc 6,4). Quizá éste sea el ámbito de comprensión del apelativo “*barjona*” que recibe Pedro en Mt 16,17: en Jn 1,42 se interpreta “hijo de Juan”, pero es atendible la explicación que hace derivar dicho sobrenombre de “desértico, vacío, despoblado” y entiende el término en el sentido de “sin ley”, “desechado”, hijos pródigos tenidos por los suyos por “locos”, como ocurre en el caso de Jesús (Mc 3,21). En compensación, los discípulos encontraron el ciento por uno dentro de los grupos de simpatizantes del movimiento de Jesús (Mc 10,30).

- Renuncia a la propiedad: caracteriza al movimiento primitivo la crítica atroz de la riqueza y la propiedad (Lc 6,24ss) como bien lo indica el episodio del joven rico (Mt 10,17ss). Lo cierto es que los desafortunados siempre se han consolado de esta manera (un más allá que castiga a los ricos y premia a los pobres, como en la parábola de Epulón y Lázaro (Lc 16,19-31), pero aquí había algo más: la pobreza no era en este caso un destino fatal, sino una renuncia, un ideal, detrás del cual brillaba una confianza incondicional en la bondad y providencia de Dios (Mt 6,25-26).
- Renuncia a la propia defensa: Lanzarse por los caminos sin siquiera un bastón (Mt 10), hacía ostentación de renunciar al más elemental recurso a la defensa propia. Este es el ambiente originario del precepto que ordena no ofrecer resistencia al malo y ofrecer la mejilla izquierda al que golpea la derecha (Mt 5,38s) y de no ejercitar la defensa propia en los tribunales (Mt 10,17ss).

Estas características definen los fenómenos más destacados del movimiento de Jesús. Desde el punto de vista socio-económico: el desarraigo social de los primeros discípulos, que puede sintetizarse en la frase de Pedro: “Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido” (Mc 10,28). Desde el punto de vista socio-ecológico: el movimiento de Jesús estuvo anclado en el mundo rural galileo. La tradición sinóptica está localizada en pequeños lugares, a menudo anónimos, de Galilea y silencia los lugares mayores como Séforis o Tiberias. Y, cuando se mencionan ciudades helenísticas, se habla del “territorio circundante” y no de las ciudades mismas. En clave socio-política, fue claramente un movimiento teocrático: es el Reino de Dios y la inminencia del mismo el motor que impulsó a Jesús a anunciar un estado de cosas distinto, basado en la soberanía de Dios, que, como tal, significaba el final de cualquier otra soberanía, romana o sacerdotal. En clave teológico-catequética, el movimiento de Jesús se fue fraguando *ad intra* como dinamismo de fraternidad y de comunión, y *ad extra* como expresión de servicio. Toda referencia era la **proexistencia de Jesús**. “Vivir por” (= a favor de) los otros será en adelante la divisa propia de los seguidores de Jesús, y no “vivir contra” o “vivir sobre” los demás. El radicalismo ético de la tradición sinóptica es un radicalismo trashumante, capaz de practicarse únicamente en condiciones extremas y en una vida marginada. Sólo podía practicar y transmitir “ethos” de modo fidedigno el que se había liberado de las ataduras cotidianas de este mundo, el que había abandonado casa y hogar, mujer e hijos, el que dejaba que los muertos enterraran a sus muertos, y tomaba como modelo a los lirios y a los pájaros. Esto sólo podía realizarse dentro de un movimiento de marginados. No es extraño que en la tradición topemos siempre con marginados: enfermos y lisiados, prostitutas, publicanos e hijos pródigos. Con este ambiente encaja su espera próxima del fin: no se podrían entender muchos aspectos del movimiento de Jesús si no tuviéramos en consideración el carácter escatológico del propio movimiento y su conciencia cierta de

estar “en los últimos días”, en la inminente irrupción del Reino de Dios, y todo esto coloreado a veces con las imágenes que les ofrecía la corriente apocalíptica que anunciaba el “eschaton” de manera catastrofista y alarmista.

b) Significatividad del movimiento de Jesús para nuestras comunidades hoy

1.- El movimiento de Jesús nació en medio de una profunda crisis de la sociedad judeo-palestina, pero supo articular una **respuesta global** a dicha crisis, enmarcándola en un **horizonte de sentido**. El modo en que lo llevó a cabo fue presentando el Reino de Dios como un incipiente estado de transformación y superación de todo lo que amenazaba la vida de las personas como proyecto derivado del amor de Dios. Jesús es, en esta historia, **el elemento central** que da origen a todos los dinamismos comunitarios: él es quien llama, él quien reúne, él quien envía. Él encarna de manera insuperable ese nuevo estado de cosas. Así, nuestras comunidades cristianas tienen que ofrecer espacios y tiempos que permitan el encuentro con Jesús, profundizar en su conocimiento, cimiento, escuchar su llamada. La centralidad de Jesús en la vida de nuestras comunidades tiene que originar una “vida en Cristo” que permita escuchar a cada creyente la voz del Señor que llama.

2.- El grupo al que Jesús convoca es la comunidad, una comunidad de **nombres**, una comunidad “*con rostro humano*”. Cuando los sinópticos nos ofrecen las listas de discípulos, aparecen los nombres de personas concretas, con sus propios estilos y particularidades. La comunidad no ahoga la personalidad y el modo genuino de ser y de hacer, ni suplanta los estilos propios de cada uno. La comunidad no puede ser un “conjunto anónimo”; al revés, es la conjunción de llamadas, es la polifonía de voces la que permite que la experiencia de Dios y de su soberanía vaya orquestándose en bien de todos. Nuestras comunidades tienen que ser ámbitos en los que las personas se sientan valoradas y reconocidas.

3.- El dinamismo interno de la comunidad está marcado por compartir, como **una nueva familia**, la experiencia, la misión y el destino de Jesús. Compartir y cumplir la voluntad del Padre hace que haya una nueva forma de fraternidad, más importante que la consanguínea (Mt 23,8). El término “hermano” no es sólo una esencial precisión eclesiológica, sino la praxis concreta de los seguidores de Jesús, caracterizada por un **ethos de amor y reconciliación**: la importancia concedida en los sinópticos al perdón debe urgir a trabajar en nuestras comunidades, insertas en un mundo lleno de conflictos, por una búsqueda constante de caminos de reconciliación y de recreación de la fraternidad.

4.- Finalmente, el dinamismo externo de la comunidad está marcado por **el servicio**. Si en algún término puede resumirse el concepto de la proexistencia de Jesús, éste puede ser uno. “Ser último y servidor y esclavo” es lo que enseña Jesús a quien quiera ser primero entre el grupo de discípulos (cf. Mc 9,35; 10,43-44), privilegiando dicho servicio a favor de aquellos que no pueden salir adelante por sí mismos (el “niño” como tipo). Pero ser últimos es “quedarse últimos” y, por tanto, quedarse con los últimos.

1.3.- Las comunidades paulinas

El movimiento de Jesús, mal asumido en la sociedad judía, fue aceptado en la sociedad helenística, en un momento de florecimiento, estabilidad y bienestar importante. ¿Cómo se formaron comunidades relativamente estables y sólidas, de gran cohesión interna, a partir de una mezcla de grupos étnicos, sociales y religiosos? ¿Cómo se formó de judíos y paganos, griegos y bárbaros, esclavos y libres, hombres y mujeres una nueva unidad en Cristo? (Gál 3,28; 1Cor 12,13; Rom 1,14).

- A nivel socio-económico, las comunidades helenísticas estaban en condiciones de socorrer a las palestinas, lo que habla de cristianos mejor situados socialmente.
- A nivel socio-ecológico, lo que antes era un movimiento rural se convierte en una agrupación urbana.
- A nivel socio-político, el cristianismo paulino estaba en continuo acuerdo con las estructuras políticas de su ambiente, aunque siempre bajo la reserva escatológica. El concepto “Reino de Dios” apenas aparece.
- A nivel teológico-catequético, la visión del amor y del servicio había nacido en una sociedad en crisis, pero no tuvo en ella ninguna oportunidad social de realización: el mundo más sosegado de las ciudades helenísticas se mostró más complaciente con la nueva visión de la realidad, debido a la gran movilidad local y social, una mayor intercomunicación y una necesidad de integración, pero la situó al interior de las comunidades.

Cabe señalar tres campos en los que las comunidades paulinas tienen que acrisolarse: la propia comunidad, un ámbito nuevo en el que deben convivir personas de diferentes clases sociales; la casa y la familia, ámbito en el que se habían movido siempre, pero al que deben volver desde el nuevo punto de vista de la fe cristiana; y el campo de la vida civil, la “polis”.

a) La vida en la comunidad

En un momento de consolidación de las propias comunidades, sorprende el tono tan general de las normas morales referidas a la comunidad. Así, Pablo convoca a llevar una vida irreprochable (1Tes 3,13), al amor fraterno (1Tes 4,9), a no descuidar el trabajo cotidiano (1Tes 4,11), a soportar los sufrimientos (Flp 1,29). “Todo lo que es verdad, todo lo que es pureza, todo lo justo, todo lo que es santo, todo lo que os haga amables, toda virtud, toda disciplina loable, esto sea vuestro estudio” (Flp 4,8). Ciertamente, no existía aún una ética cristiana detallada. Por eso, la fe, la esperanza y la caridad como actitudes cristianas pasan a ocupar el primer plano (1Cor 13,13), sobre todo la caridad, a la que Pablo dedica su apasionado cántico en 1Cor 13, para que la bondad de los cristianos sea patente a todas las personas (Flp 4,5).

Un elemento esencial de apoyo y fortalecimiento de la vida de la comunidad es el concepto de **reciprocidad**, que los unos estén pendientes de los otros¹. En 40 ocasiones, sobre todo en las cartas auténticas (Rom, 1Cor, Gál, 1Tes) el apóstol usa el pronombre *allelôn*, la expresión de reciprocidad “uno-s a otro-s”, “mutuamente”. Esta expresión ofrece buena parte de la teología paulina de la comunidad cristiana. La lista que viene a continuación no recoge todas las recurrencias del término, pero nos pinta el “cuadro comunitario paulino”: Estimando en más cada uno a los otros (Rom 12,10);

¹ Carta del arzobispo en el día de la Mercè: los dos hermanos, relato recogido de A. de Mello.

Tened un mismo sentir los unos para con los otros (Rom 12,16); Acogeos mutuamente (Rom 15,7); Amonestaos mutuamente (Rom 15,14); Saludaos los unos a los otros con el beso santo (Rom 16,16); Esperaos unos a otros (para celebrar la cena) (1Cor 11,33); Preocupaos lo mismo los unos de los otros (1Cor 12,25); Servíos por amor los unos a los otros (Gál 5,13); Ayudaos mutuamente a llevar las cargas (Gál 6,2); Confortaos mutuamente (1Tes 5,11); Edificaos los unos a los otros (1Tes 5,11); Vivid en paz unos con otros (1Tes 5,13); Procurad siempre el bien mutuo (1Tes 5,15)...

La lista pone de manifiesto que la expresión “unos a otros” (“mutuamente”) tiene un puesto principal en la exhortación apostólica, por lo que podemos pensar que no se vivía así de forma tan habitual a lo que sería de desear. Pero informa además de que no se trataba de “creer y ya está”, sino que había **un camino a recorrer**, eso sí, dentro de la propia comunidad creyente. La comunidad cristiana tiene un proyecto que realizar. Esto lo expresa bien una de las afirmaciones de la lista anterior: “Edificaos los unos a los otros” (1Tes 5,11). Tras el término “edificación” (“oikodomé”) se esconde uno de los conceptos más importantes del NT. Hunde sus raíces en Jeremías, donde el binomio edificar-destruir es un hilo conductor. El oficio apostólico de Pablo consiste en edificar comunidades, concretamente en **echar el cimiento que es Cristo** (1Cor 3,6.10; Rom 15,20). Así que “edificación” no apunta al individuo que debe madurar su personalidad espiritual, sino que se refiere a la Iglesia. Y tal labor de edificación no descansa sólo en la autoridad apostólica (llama la atención lo poco que Pablo habla de su autoridad apostólica para edificar la comunidad; cuando lo hace tiene un color de auto-apología, por el cuestionamiento que sufrió el apóstol en varios momentos de su actividad, cf. Gál 1-2 y 2Cor 10-13), sino sobre todo en **la responsabilidad recíproca de todos** en la comunidad, particularmente en el culto y en la Cena del Señor. Las divisiones y discordias que aparecen en la comunidad de Corinto (1Cor 11,17-34), a las que Pablo trata de poner freno con sus consejos. El Apóstol toma pie de los conflictos para recordar a los corintios la dignidad y el compromiso que supone celebrar la Cena del Señor: el pan ofrecido, que es cuerpo de Cristo, crea una comunión entre todos, pues todos comen del mismo pan. Es un único y mismo pan el que todos reciben y a todos alimenta, por lo que, en tanto que comensales, **todos forman un todo** gracias a ese pan (1Cor 10,16-17).

Esta primera idea centrada en el interior de la comunidad se completa con otra igualmente importante por lo que conlleva de misión y compromiso: si la comunidad se forma como cuerpo por el pan que es “cuerpo de Cristo”, y puesto que ese “cuerpo” alude al que fue entregado por nosotros, quiere decirse que también **la comunidad tiene que verse empujada** por ese movimiento de amor y de entrega cuando celebra la Cena del Señor, que no tendría efecto sino para promover un movimiento de servicio generoso a favor de los demás.

Así pues, la Eucaristía no debe entenderse como el cierre de la comunidad eclesial separada de otros, sino como apertura de la misma a todos ellos. Según la idea paulina, la comunidad recibe el cuerpo entregado de Cristo para que ella misma sea un cuerpo entregado, que procure vivir de la “ley” del “por vosotros y por todos” y llegue a ser una comunidad servidora.

Finalmente, otro dinamismo paulino es esencial: su capacidad de *sinergia*. En efecto, Pablo crea un vocabulario propio tomando como referencia la preposición *syn-* (con). Casi 100 términos del vocabulario paulino, algunos de ellos exclusivos del apóstol,

comienzan con *syn*. Muchos de ellos tienen una dimensión teológica (co-resucitados; concrucificados; coherederos, etc...) pero otros muchos tienen una dimensión pastoral y comunitaria (con-siervo; co-laborador; co-esclavo; con-ciudadano...). Esta fuerza centrífuga del apóstol crea lazos operativos en la misión y también teológicos con la revelación de la salvación de Dios acaecida en Jesucristo.

b) La vida en casa y en familia

La casa, el *oikos*, era el escenario de la vida cotidiana, una forma de vida que apenas guarda paralelismo con nuestro modo de vida. La casa era más que vivienda, era también el grupo familiar; era el espacio vital donde vivían y trabajaban el dominante esposo y padre de familia, su esposa e hijos, pero también los esclavos y otros familiares. El jefe de la casa, por su condición de marido, de padre y de dueño era el punto de referencia central, aunque no era desdeñable en absoluto el papel de la mujer. Ilustrativa de la importancia de la casa para el cristianismo naciente es la mención de Pablo en 1Cor 1,16: "Bauticé también a la casa (= la familia) de Estéfano". Parece que la estrategia misionera de Pablo se preocupó de conseguir pronto en cada lugar la conversión de un "*oikodespotes*", que le proporcionase una casa adecuada como plataforma misionera y localización de la comunidad. La casa, cuando se bautizaba, era el lugar indicado para desarrollar la vida comunitaria cristiana. Aquí se reunían y celebraban la Eucaristía (costumbre derogada en el Sínodo de Laodicea, entre los años 360-370), aquí se impartía la enseñanza cristiana, aquí se acogía a apóstoles y misioneros que estaban de paso. Estas reuniones en las casas permitieron obtener a los primeros cristianos **conciencia de su identidad** y de su diferencia con el judaísmo. Además, en las iglesias domésticas participaban gentes de muy diversa situación y rango social, algo insólito en las asociaciones religiosas greco-romanas: así se promovían **unas nuevas relaciones humanas** basadas en una fraternidad característica entre sus miembros. Se puede decir que el "inter-clasismo" fue una auténtica novedad, producto de la capacidad de innovación histórica de la fe cristiana. La comunidad doméstica era como un oasis en medio de un entorno hostil; creaba la posibilidad de conocerse, de suprimir barreras, de cuidar los unos de los otros y de animarse mutuamente. En muchos casos, el jefe de la casa habría sido el presidente de la comunidad doméstica, incluso cuando el jefe era una mujer: Col 4,15 presenta a una mujer llamada Ninfa como jefa de una comunidad doméstica.

c) La vida en la "polis"

La comunidad vivía en el "mundo". Y el mundo era la "polis". Las comunidades paulinas eran comunidades urbanas. Algunas instantáneas las encontramos de nuevo en 1Cor. Se trata de sucesos cotidianos que nos acercan mucho a la realidad. Así, se nos dice en 1Cor 6,1-8 que los cristianos corintios tienen pleitos judiciales que entablan los hermanos entre sí. El objeto del pleito son "biótica", cosas de la vida cotidiana que Pablo no describe con más detalle, pero que juzga como menudencias ridículas, "naderías". El Apóstol juzga sobre el caso en dos pasos. Primero critica que acudan a jueces paganos. La idea de que los cristianos participarán del inminente juicio de Dios lleva la conducta de los corintios acomodados (por todos los gastos que conlleva el pleito) al absurdo: ¿cómo pueden ellos acudir a aquellos sobre los que

deberán pronunciar enseguida sentencia? De ahí que se llame “inícuos” (“*adikoi*”) a los jueces civiles, no porque se les culpe de engaños, sino porque se les contraponen a los santos, es decir, a los miembros de la comunidad (1Cor 6,1). Segundo, Pablo critica a los corintios porque han permitido que las cosas fueran hasta el extremo de que nacieran pleitos judiciales entre ellos.

Si uno viene de 1Cor 6,1ss, sorprende tanto más la amplitud de otro texto emparentado. Se trata de Rom 13,1-7, el único texto de las cartas originales que trata de la relación del cristiano con el Estado. Es muy clara la posición del texto, que se resume en la divisa ofrecida al comienzo: “Todos estén sometidos a las autoridades superiores” (Rom 13,1) y se concreta en la frase conclusiva: “Pagad, pues, a todos lo que se les debe: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que temor, temor; al que honra, honra” (Rom 13,7). La fundamentación teológica dice que la autoridad estatal ha sido instituida por Dios. El texto resulta extraño porque no contiene un pensamiento genuinamente cristiano, y se echa de menos la presencia de un horizonte cristológico y escatológico que señale límite al Estado y que haga posible una fundamentación cristiana. Al menos el imperativo del v. 8 (“No tengáis otra deuda con nadie que la de amaros unos a otros”) nos presenta un horizonte superior, pero no evita lo problemático del texto.

Caben dos posibilidades: preguntarse por las razones que llevaron a Pablo a escribir ese texto o pensar en una interpolación posterior. Las razones pueden ser de orden estratégico: Pablo pensaba llegar a Roma, la capital imperial, y pensó que era indispensable decir a los romanos algo en relación con el Estado... o pensó en decir al Estado algo en relación con la lealtad de los cristianos para evitar las sospechas de traición al imperio que pesaban sobre ellos. Cabe añadir que Pablo, en tanto ciudadano romano, tenía más de un motivo para proteger la institución mundial del Imperio. Ella había reunido a personas de distintas culturas y razas y permitía a Pablo ilimitados caminos misioneros. En todo caso, estaba abierto ya el camino de la asimilación del cristianismo naciente a la estructura política dominante, el imperio romano.

d) Significatividad de las comunidades paulinas para nuestras comunidades hoy

1.- Si algo queda claro en las comunidades paulinas es **la participación de la gente** en la dinámica vida comunitaria. El número de las personas citadas y la diversidad de carismas y ministerios, así como las informaciones que nos brinda sobre conflictos y desencuentros, nos abren la mirada a una vida rica en dinamismos y plural en intervenciones. Todo habla de comunidades caracterizadas por cualquier otra cosa distinta al “adocenamiento”.

2.- La participación de las personas en la vida comunitaria tiene como condición de posibilidad otro elemento fundamental: **la responsabilidad de los creyentes en la edificación comunitaria**. Hemos visto cómo el concepto de reciprocidad esconde esta característica. La comunidad se construye y se sostiene gracias a la adultez en la fe de sus miembros, que les lleva a poner en circulación los dinamismos y capacidades necesarios para que la vida comunitaria alimente la solidaridad interna y la misión evangelizadora.

3.- La casa/familia como ámbito comunitario. La intuición latente en el hecho de las iglesias domésticas del cristianismo primitivo puede resumirse en dos puntos: a) significan la opción por hacer del cristianismo una **realidad socialmente viable**; es decir, expresan una opción por la encarnación, por la aceptación de estructuras sociales existentes o emergentes, lo cual plantea el problema permanente de discernir en cada momento histórico las estructuras que se aceptan para asentar la dimensión comunitaria de la fe. b) Ponen de manifiesto la opción por hacer de la comunidad concreta **con relaciones personales reales** el lugar donde se vive la fe. Lo que teológicamente está en juego en las iglesias domésticas no es la sacralización de una estructura social (en este caso la casa/familia), sino la búsqueda de una posibilidad social para que se establezcan los vínculos de fraternidad y vida nueva que expresen la fe en Jesucristo. Las iglesias domésticas expresan un valor cristiano fundamental: la existencia, como estructura base de la Iglesia, de **comunidades humanas en las que sea posible la relación interpersonal, la comunión de la fe y la participación efectiva de sus miembros**.

4.- Algo que se detecta muy claramente en las comunidades paulinas, con su inherente nivel de conflictividad, es el hecho de que son comunidades movidas por **la inclusión y la transversalidad**. Es la comunidad, entendida como un todo social y fraterno, un “cuerpo”, el ámbito privilegiado y destacado de las sinergias de sus miembros.

En fin, las comunidades paulinas combinaban y respondían a tres aspiraciones muy sentidas en aquel tiempo: el carácter voluntario, de modo que cualquiera pudiese libremente participar; la base doméstica, que proporcionaba un marco de relación interpersonal consistente; y la aspiración a una fraternidad universal que cautivaba a las mentes de las gentes educadas al modo grecorromano y de muchos judíos.

1.4.- La primera comunidad de Jerusalén

a) Características de la comunidad judeocristiana

Lo que aparece muy claramente es la conciencia de constituir **la comunidad escatológica**, sobre la cual la efusión del Espíritu, prometido para los últimos tiempos, ya la ha convertido en realidad. De ahí, la antigua designación de “los santos”. Esta santidad está subrayada en Hechos mediante la descripción de la vida de los primeros cristianos (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). Como punto de inicio de la vida nueva está el bautismo, que conserva su significación escatológica: expresa la toma de conciencia de que el juicio de Dios va a llegar sobre el mundo pecador; el creyente se somete a él anticipadamente, expresando su deseo de conversión, reconociendo su pertenencia a este mundo de muerte, del que sólo la acción de Dios puede arrancarlo. Pero el bautismo cristiano añade la referencia a Jesús muerto y resucitado: en él el juicio de Dios sobre el mundo y la salvación final se han hecho realidad, una realidad de la que se participa por medio de la fe. En el centro de la vida de la comunidad está la cena eucarística, celebrada en un clima de “alegría” (Hch 2,46s); la cena eucarística es memoria de la muerte y de la resurrección del Señor, fuente de unidad entre los creyentes y espera de su venida ardientemente deseada.

La comunidad cristiana en este período, tal como aparece en Hechos, tiene 4 características sobresalientes: está animada por el Espíritu, está dotada de un enorme dinamismo misionero, está basada en una doble *"koinonía"*, de comunión y solidaridad, y se estructura en pequeñas comunidades domésticas.

.- El tiempo después de la Resurrección de Jesús es el tiempo privilegiado del Espíritu y esto lo rescata Hechos. En 70 ocasiones aparece el término *"pneuma"*, lo cual significa la quinta parte de todas las recurrencias en el NT. El hecho de que Lucas vaya prescindiendo de los personajes (Bernabé, Pedro, el mismo final del libro con Pablo) a medida que avanza la obra se debe a que no tiene ningún interés en estos hombres como tales hombres, sino en ellos como *"vehículos del Espíritu"*, porque él es el protagonista.

.- El germen de lo que será *"la iglesia madre de Jerusalén"* es también un movimiento esencialmente misionero. En Hch 1,8 tenemos resumidas estas dos características fundamentales: *"recibiréis la fuerza del Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra"*.

.- La doble *"koinonía"* aparece con claridad en los famosos e idílicos sumarios de comunidad (Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16).

.- En fin, aparece como estructura fundamental la pequeña comunidad doméstica: los movimientos decisivos de Hch se realizan en estas pequeñas comunidades que se reúnen en las casas: la primera comunidad apostólica se reúne en una casa (1,12-14) y es en esa casa donde se vive la experiencia de Pentecostés (2,1-4); la comunidad ideal después de Pentecostés tiene su centro en las casas, donde se celebra la Eucaristía (2,42-47); es la pequeña comunidad la que permite resistir la persecución (4,23-31); la *diakonía* o servicio se organiza en las casas (6,1-6); la persecución del movimiento de Jesús es por las casas (8,3); la primera comunidad gentil convertida es la casa de Cornelio (10,1-48); existe una comunidad que se reúne en casa de María, la madre de Juan Marcos (12,12-17); Pablo funda pequeñas comunidades en las casas: en Filipos (16,11-40), en Tesalónica (17,1-9), en Corinto (18,1-11); en una casa de Tróade la comunidad vive la experiencia de la Palabra, de la Eucaristía y de la Resurrección (20,7-12); en Cesarea encontramos una comunidad de mujeres profetas (21,8-14); Pablo llega en Jerusalén a la casa-comunidad de Mnasón (21,17-20) y la última comunidad de Pablo en Roma es en una casa (28,30-31).

b) Sumarios de comunidad (2,42-47 + 4,32-35 + 5,12-16)

Los 3 sumarios sobre la vida de la comunidad no cuentan hechos aislados, sino acciones permanentes y fundantes.

1.- Eran perseverantes en la enseñanza de los apóstoles: la enseñanza (*"didajé"*) se refiere al Evangelio, *"a todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio"* (1,1); los apóstoles son aquellos que anduvieron con Jesús y que son **testigos** de la resurrección (cf. 1,21-22). La comunidad se funda en **el testimonio** de los discípulos de Jesús: la *"memoria histórica"* de Jesús es lo primero que funda y da identidad a la comunidad.

2.- Eran perseverantes en la comunión: la *"koinonía"* está desarrollada en los 3 sumarios. Tiene dos dimensiones: una subjetiva, la *"koinonía de comunión"*, expresada con la fórmula *"tenían un solo corazón y una sola alma"* (4,32), es decir, constituían un solo cuerpo; otra objetiva, la *"koinonía de solidaridad"*, que puede resumirse en 3

realidades fundamentales: a) tenían todo en común (2,44-45; 4,32.34-35): había, por tanto, comunidad de bienes; b) se repartía a cada uno según su necesidad (2,45; 4,35); c) en consecuencia, no había necesitados entre ellos (4,34). El espíritu de esta organización puede resumirse así: cada cual daba según su posibilidad, cada cual recibía según su necesidad, no había necesitados entre ellos. Esto es lo principal: la ausencia de necesitados.

3.- Eran perseverantes en la fracción del pan y en las oraciones: la Eucaristía se celebraba en casa, en el contexto de una comida (Lc 22,14-20; 24,28-31; 1Cor 10,16-17; 11,17-32), en oposición al culto del Templo, aunque esas oraciones, si se refieren a los Salmos, podían tener como escenario el Templo. El testimonio de los seguidores, la solidaridad efectiva y la eucaristía festiva son las tres actividades básicas de la comunidad después de Pentecostés, que tienen por escenario la casa, lugar donde se vive la pequeña comunidad y donde nace la iglesia doméstica. 4.- Los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales: ellos continúan las prácticas poderosas de Jesús porque Dios está con ellos como estaba con Jesús. Son prácticas liberadoras, en función del Reino de Dios. Lo importante no es el carácter milagrero, sino **el poder de Cristo resucitado y del Espíritu**, que se revela en la práctica de los apóstoles.

c) Significatividad de la comunidad jerosolimitana para nuestras comunidades hoy

1.- La dimensión espiritual y la mirada hacia delante: en la primera comunidad aparece la tensión entre la tendencia restauracionista, preocupada por el pasado, y la “violencia” (viento y fuego) del Espíritu que empuja adelante, hacia el futuro, hacia la misión en continuidad con la experiencia liberadora de Jesús. Nuestras comunidades han de dejarse llevar por la fuerza impulsora y creativa del Espíritu, que radica precisamente en discernir nuevos caminos de evangelización y nuevas plataformas misioneras para que la oferta de salvación de Jesús se haga inteligible y atrayente a todas las gentes.

2.- Las bases que cimentaban la primera comunidad se presentan sumariamente porque tienen la pretensión de ser **elementos básicos** de toda comunidad cristiana en todo tiempo. Cabe una reflexión sobre **la relevancia de los testigos** en nuestras comunidades, y el papel que éstos han de jugar en ellas. Si la vida de la primera comunidad no podía entenderse sin la aportación de “aquellos que anduvieron todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros” (cf. Hch 1,21), tampoco la vida de nuestras comunidades puede ser tal sin “la enseñanza” que proporcionan aquellas personas que tienen verdadera experiencia de Jesús. De igual modo, hay que insistir en la importancia de los ejercicios de solidaridad (hay que recrear por completo ese “pasar el cepillo” que a duras penas expresa el ejercicio de “koinonía” y fortalecer y ampliar más y más proyectos de colaboración solidaria, como ya se hace en numerosas parroquias de nuestras diócesis). Respecto a la Eucaristía, tiene que volver a ser el corazón de la experiencia comunitaria y diferenciarse de las “misas”, que son expresión de devoción privada e intimista. Todo lo que la comunidad “se juega” en la Eucaristía no puede quedarse en la cadenciosa rutina de cada día. Finalmente, hay que multiplicar las prácticas liberadoras: la comunidad cristiana fue entonces y debe ser hoy una verdadera “caja de resistencia” frente a esta globalización neoliberal, cruel y descarnada, que deja una multitud de personas y pueblos en las cunetas del progreso, de la civilización y de la historia (los “descartados” de los que habla el Papa Francisco).

3.- La comunidad jerosolimitana tenía puesto bien el orden: a la curación sucede el anuncio, es decir, éste basa su fiabilidad en un comportamiento liberador, en continuidad con el propio Jesús de Nazaret. Y los conflictos que genera en la estructura de poder (político y/o religioso) son sobrellevados y encuentran respuesta en la propia vida interna de la comunidad. Es un paradigma para la acción y testimonio de la Iglesia hoy. Así que no podemos pensar en una Iglesia libre de conflictos, sino en una en donde **los conflictos se viven de manera distinta** que en el resto de la sociedad, en base a la comunicación sincera y a las virtualidades de la Palabra de Dios.

4.- La “*parresía*” (audacia, valentía, claridad, decisión, franqueza...) es una actitud característica de los apóstoles. En tiempos de crisis como los que vivimos, en los que “refugiarse dentro” no es sólo un peligro interno de la comunidad, sino también una “exigencia” hecha por los poderes públicos, esa “parresía” se convierte en virtud indispensable porque, sin ser arrogancia o despecho, supone hacer frente al sistema social imperante desde una condición samaritana, es decir, efectiva a favor de los “asaltados en el camino”. Bien harían nuestras comunidades en discernir cuáles son y en qué aspectos los “asaltados”, para actuar con esa audacia primitiva construyendo para ellos un horizonte de esperanza.